

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE OSMA.

Se publica el 1.º, 10 y 20 de cada mes. Se suscribe en la Secretaría de Cámara y Gobierno á 6 rs. trimestre. Se vende á real el número suelto. No serán atendidas las reclamaciones de números, pasados 15 dias desde la publicacion del respectivo. Toda comunicacion se dirigirá Al *Director del BOLETIN ECLESIASTICO del Obispado de Osma.*

TRIBUNAL ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE OSMA.

Con el fin de resolver las dudas que puedan ocurrir á algunos párrocos sobre la inteligencia de la regla quince de las contenidas en la circular de 1.º de Noviembre de 1865, creemos oportuno advertirles, que aun cuando para impedir un matrimonio por causa de esponsales se exige que estén otorgados en escritura pública, esto se entiende por lo que hace al fuero externo; mas no por lo que toca al fuero de la conciencia, en el cual quedan ligados todos los que en cualquiera manera y forma hayan dado esponsales válidos, que no hayan sido disueltos, bien por mutuo disenso, bien por cualquiera de las demás causas que canónicamente se reputan suficientes para la disolucion de contrato esponsalicio. De aquí se sigue que cualquiera persona que haya dado esponsales, mientras estos no sean disueltos, no puede lícitamente contraer matrimonio con otra diferente de aquella á quien por los esponsales se halla obligada, por existir el impedimento impediendo de esponsales. Además de esto, conviene que los párrocos tengan muy presente el impedimento de pública honestidad, que nace de los esponsales válidos, y que persevera aunque estos se disuelvan por mutuo consentimiento ó por cualquiera otra causa: pues

como para la validez de los esponsales no es necesario el requisito de que se otorguen en escritura pública, según queda dicho, es consiguiente, que todos los que de cualquier modo hayan contraído esponsales válidos, háyanse ó no disuelto, han contraído el impedimento de pública honestidad con los consanguíneos de sus respectivos esposos dentro del primer grado, y por consiguiente no pueden contraer con ellos matrimonio ni lícita, ni validamente, á no ser que antes obtengan la dispensa al efecto necesaria, para lo cual, como para los demás impedimentos dirimentes, es preciso recurrir á Su Santidad. Burgo de Osma 30 de Mayo de 1866.—*Lic. Mariano Olmedo.*

Han llegado los Breves de dispensa de los sujetos siguientes:

NOMBRES.

PUEBLOS.

Sebastian Redondo,	Langa.
Mariano Aparicio,	Zuzones.
Márcos Molina,	Morales.
Lúcas Ransanz,	idem.
Gregorio Corral,	Villalba de Duero.
Ildefonso Gimenez,	Villaseca de Arciel.
Julian Moreno,	Brias.
Evaristo Romero,	Reznos.
Domingo Gonzalez,	Villatuelda.
Celestino de la Villa.	Pedraja.
Francisco Peñaranda.	Orillares.
Andrés Peñalba,	Miño.
Pablo Peña,	San Leonardo.
Eleuterio Gomez,	Seca (la).
Manuel Fernandez,	Valdenarros.
Pedro Pastor,	Peñaranda de Duero.
Benito Garcia,	id.
Juan Peribañez,	Aguilera (la).
Tomás Palomero,	Carazo.
Bernabé Rubio,	Covaleda.

Tiburcio la Fuente, **Muriel de la Fuente,**
Casto Alcuvilla, **San Juan del Monte,**
Patricio Martínez, **id.**
Braulio Martín, **Vadocóndes.**
Juan Benito, **Fuentearmegil.**
Vicente del Hoyo, **Aldea de San Estéban,**
Julian Valdanzo, **Olmedillo.**
Silvestre Ortega, **Oquillas.**
Frutos García, **Ucero.**
Casimiro Santa Cruz, **Sotillo del Rincón.**
Simón Verde, **Llamosos (los.)**
Simón Gimenez, **Nieva.**
Burgo de Osma 23 de Mayo de 1866.—Ambrosio Vicente.

El P. María José de Jesús, Superior de la misión de los Carmelitas de Bagdad, ha escrito una carta, reproducida en el Boletín eclesiástico de Vitoria, en la que se da cuenta de la ejecución del atrevido pensamiento de colocar una estatua de la Virgen en el punto más elevado de la torre de Babel. Dicho documento está concebido en los siguientes términos:

«El objeto de nuestra peregrinación á Babel no era otro que el de colocar la estatua de Nuestra Señora de las Victorias sobre la cima de aquella famosa torre, á fin de que desde allí Ella dominase la inmensidad del desierto y secundase los trabajos apostólicos del pobre misionero que coloca en Ella toda su confianza.

«Pusimonos, pues, en camino para Babel; íbamos á glorificar á MARÍA, levantándola como la mujer fuerte hasta la cima de la famosa torre, y proclamándola Reina del desierto. Muchos cristianos hubieran querido acompañarme; pero era un viaje lo menos de ocho días, y los comerciantes no podían abandonar por tanto tiempo sus negocios, ni los pobres atender á los gastos de tan larga expedición. Así es que únicamente me acompañaron nuestro procurador, el Sr. Annoche Asfar, que es también uno de los principales comerciantes de Bagdad. Su comercio se estiende desde las Indias hasta la Europa:

su gran reputacion de hombre de bien le granjea la estimacion universal. Animado de un gran espíritu de fe y de vivos sentimientos de piedad, el Sr. Annoche Asfar prohija todos nuestros proyectos en favor de la Religion, y favorece todas nuestras empresas con un celo admirable. Por eso le miramos como el mejor amigo y como nuestro refugio en todas las contrariedades. Su hijo, llamado Jabour (Gabriel), jóven de quince años, que imita perfectamente la piedad de su padre, quiso tambien acompañarnos lleno de alegría. Otro de nuestros cristianos, llamado Mansour (Vicente), quiso tambien seguirnos en clase de criado. Venian además en nuestra compañía los conductores de la caravana; y ya en camino, tomamos soldados turcos para hacer con seguridad el viaje. El segundo dia de una marcha largísima y muy penosa, llegamos á Hella, pequeña ciudad sobre las márgenes del Eufrates, y edificada sobre las ruinas de la antigua Babilonia con los materiales tomados de sus escombros. Descansamos un dia en Hella, y nos aprovechamos de esta detencion para comprar las cosas que necesitabamos para subir á la torre: como unos cien méetros de cuerda y muchos ovillos de bramante.

»Al dia siguiente, muy de mañana volvimos á continuar nuestro viaje montados en nuestras mulas; y despues de andar sobre tres horas, llegamos al pie de la célebre torre. Sus ruinas forman una colina, sobre cuya cima se halla el lienzo de pared que ha resistido á la destruccion del tiempo. En esta misma pared dejé yo el año anterior la medalla de mirosario, y sobre la cúspide iba á colocar ahora la estatua de la Santísima Virgen. Dejamos nuestras monturas al pie de la colina, y subimos andando hasta el pie del paredon. Como unos doscientos pasos tuvimos que subir trepando sobre escombros hasta llegar á la pared. Mi primer cuidado fué el de penetrar por entre las rendijas que el tiempo ha ido abriendo en la pared para buscar mi medalla. Tardé en hallarla; pero al fin la encontré debajo de una piedra, y la hice ver con gran satisfaccion á mis compañeros. Para comprender cuál debió de ser mi alegría al hallar la medalla, es necesario tener en cuenta que, contando con su proteccion, concebí el proyecto de hacer el viaje á Francia para traer la estatua que al presente motivaba nuestra expedicion. Besé mi medalla, y di un millon de gracias á la Santísima Virgen por la proteccion que me ha dispensado en mi viaje á Francia. Ya en posesion de mi rico tesoro, me deslicé por lo largo de la grieta, y di á besar la medalla á mis compañeros de viaje. En el empeño por encontrarla, olvidé la estatua de Nuestra Señora de las Victorias. La habia dejado con los demás efectos al pie de la colina. Me disponia para decir la Misa sobre las ruinas sirviéndome de mi capillita portátil, cuando la eché de menos. Pedí al doméstico Mansour me hiciese el favor de bajar por ella, mientras yo preparaba el altar. Mansour obedeció al momento con

grande alegría. Sin embargo, el altar estaba ya preparado, y Mansour no volvía con la estatua: esto nos tuvo algo impacientes. Por fin vímosle ya llegar con la Virgen en las manos, pero pálido y decaído cual si hubiera recibido un grande susto. Desde luego temimos le hubiese sucedido algun percance, y no nos equivocamos. Apenas nos entregó la estatua, se dejó caer en el suelo como desmayado. Al cabo de algunos instantes nos enteró de lo que le había pasado. «Bajaba, nos dijo, á través de las ruinas siguiendo el mismo sendero por donde habíamos subido todos juntos. Gracias á Dios que entonces no nos sucedió ninguna desgracia. Pero cuando bajaba yo solo, al momento de pasar por el borde de aquel barranco que han ido formando las lluvias con el trascurso de los tiempos, de repente una enorme pantera se precipita sobre mí, dando al mismo tiempo un horrible rugido. No sé cómo estoy vivo. Sin duda soy deudor de la vida á la Virgen, cuya Imágen iba á buscar; esto es un rasgo admirable de su proteccion. En el exceso de mi espanto perdí enteramente el conocimiento, y cuando volví en mí, me hallé en lo más hondo del barranco; pero, gracias á MARÍA, sano y salvo, y sin otra herida que un grande arañon en el codo. A pesar de todo, he procurado llegar al sitio en donde habíamos dejado las monturas y traer la estatua de la Virgen. Allí conté mi aventura á los soldados. Uno de ellos tomó su fusil para acompañarme, y vino delante de mí hasta la cueva de donde había salido la pantera: allí el temor se apoderó nuevamente de mí. El soldado quiso aproximarse á la cueva; pero apenas se le figuró que divisaba en ella al terrible animal, ha echado á correr dejándome solo. Halléme confuso sin saber que partido tomar; al fin me he resuelto á subir confiado en MARÍA, cuya Imágen traía en mis manos. Por último, he podido llegar hasta vosotros en el estado en que me veis.»

«Al oír la relacion de lo ocurrido á nuestro amado Mansour, di gracias á la Santísima Virgen porque había querido señalar su ascension á la torre de Babel con un rasgo de tan marcada proteccion. Entre tanto, mis compañeros de viaje estaban aterrados y querían huir de allí lo más pronto. Enseñándoles la estatua de la Santísima Virgen pude inspirales confianza en tan buena Madre; y viéndoles ya algun tanto tranquilos di principio á la Santa Misa. Era tan grande la turbacion, que al menor ruido querían echar á correr y dejarme solo. Terminada la misa, volví á tranquilizarlos de nuevo y comencé los preparativos para mi ascension.

«El año anterior yo no había escalado el muro; no había hecho más que trepar por la grieta de que hé hablado poco há, como á una tercera parte de él: ahora mi empeño era muy diferente: tenia que subir la Imágen de la Virgen hasta el punto más alto de la misma pared. Esto era necesario para que la Imágen de MARÍA dominase mejor todo el desierto y se viese

libre de la rapacidad de los árabes. Mi empresa de ahora no era fácil de ejecutar: hé aquí cómo me ingenié para llevarla á cabo.

«Con el auxilio de una piedra arrojada por el robusto brazo de un soldado, acertamos, despues de mil ensayos, á hacer pasar un bramante por encima de la pared hasta el otro lado, y por medio de este bramante pudimos pasar tambien la cuerda, de modo que sus dos extremos llegaban al suelo, uno por cada lado de la pared. Esta operación nos costó gran trabajo, y solo al cabo de dos horas logramos ver la cuerda en esta disposición. En la parte de la cuerda que pendia del lado por donde debía verificar mi ascension, habia hecho de antemano unos nudos que me sirvieron grandemente para apoyar los piés y las manos. Pero, antes de comenzar á subir, me fue preciso terminar un largo debate con el Sr. Annoche, á quien asustaba lo alto del muro, y tambien el haber visto desprenderse gran multitud de gruesas piedras mientras trabajamos para pasar la cuerda del uno al otro lado. Otro de los motivos que hacian temer á este buen amigo, era el creer que la cuerda, ya demasiado gastada con las operaciones que habia sido preciso ejecutar hasta lograr colocarla convenientemente de modo que pudiese sujetarse por el extremo opuesto al que debía servirme para subir, se rompiese. Sin embargo, pude desvanecer todos sus fundados temores, haciéndole esperar en la proteccion de la Virgen. Hasta tal punto temia este caballero y excelente amigo por el desgraciado resultado de la empresa, que me exijio que le dejase escrito un billete para poner á cubierto toda su responsabilidad ante Dios y los hombres en caso de que desgraciadamente se verificasen sus temores, y yo pudiese ser víctima de mi arrojio. Firmado este billete, en el cual explicitamente declaraba yo que el buen amigo habia hecho cuanto habia estado de su parte para retraerme de una empresa que él creia por demás arriesgada, comencé á subir cubriendo antes mi cabeza de un enorme turbante para resguardarla en parte de las piedras que la frotacion de la cuerda hacia desprender, y que no era uno de los menores peligros para mi vida. Llevaba colgada al cuello la estatuilla de la Santísima Virgen, y en ella colocaba yo toda mi esperanza. Y no fué vana esta confianza. Al cabo de unos seis ó siete minutos, me hallaba de pié sobre la muralla, con grande satisfaccion mia y contento de mis compañeras. Bendije con la imagen los cuatro puntos cardinales del desierto, y en seguida la coloqué, del modo más seguro que pude, sobre el punto culminante del vetusto muro. La

dejé colocada de tal suerte, que no puede verse sino desde una gran distancia de la torre: y como es tan pequeña, solo los que sepan que está allí podrán reconocerla, saludarla de léjos y encomendarse á su protección: mas los musulmanes no la echarán de ver, y con esto estará á cubierto de su rapiña.

«No quiero omitir lo que me sucedió, mientras yo colocaba la Imágen de la Virgen en su trono. Me vi de repente acometido de una infinidad de mosquitos, que salieron no sé de donde, y que formaron al rededor de mí una nube tan espesa, que ni yo podia ver á mis compañeros que estaban abajo, ni estos, segun me dijeron, tampoco podian distinguirme con la claridad, cosa que los admiró, y no supieron á qué atribuirla hasta que yo les referí lo que arriba me habia acontecido. Bien hubiera querido yo detenerme á venerar un breve espacio de tiempo á MARÍA ante su Imágen; pero estos insectos me hicieron apresurar mi descenso, que verifiqué tan felizmente como la ascension.»

«La carta contiene algunos otros pormenores no de gran entidad, y está firmada por el mismo que ha llevado á cabo esta piadosa empresa, *El P. Maria José de Jesús, Superior de la mision de los Carmelitas de Bagdad.*»

Consejos para orar, escritos por el R. P. Félix, de la Compañía de Jesús.

La oracion es el acto por el que el hombre se pone en relacion directa con Dios. Está en la esencia del alma, la cual de origen divino, tiene momentos de cansancio de las cosas humanas, y busca el Ser Eterno de donde procede.

El hombre ora en todos los momentos en que obra bien. La satisfaccion que una accion virtuosa le produce, es efecto de la oracion que en aquel momento dirige al Señor. Comparad esta satisfaccion cuando la accion de que procede es realmente buena y ha sido ejecutada por razon de su sola bondad. No tiene parecido alguno con los demás sentimientos del alma, porque no hay goce que se iguale al de remontarse al seno de nuestro Criador.

De aquí es fácil deducir los caracteres que la oracion debe tener

para llegar íntegra y pura, y como hostia agradable, al trono del Eterno. No debe ser producida por ningún motivo mundano, y debe hacerse concertando toda la fuerza del espíritu en este acto.

Cuando vayais á orar porque vuestro espíritu se halle agobiado por algun mal grave, porque las miserias de la tierra os hayan llenado de amargura, debeis, si quereis que vuestra oracion produzca su efecto, desprenderos de toda idea que no sea la grande, la pura idea de Dios. Olvidad lo que os causa pena, y revestíos de fe. No os importe la magnitud de vuestros males. Procurad sobreponeros á ellos, y olvidarlos. Si quereis, los olvidaréis fácilmente, porque vuestro espíritu es siempre superior á las cosas que os rodean. Y una vez que seais fuertes y dueños de vosotros mismos, entrad en la Iglesia y orad.

JESUCRISTO lo ha dicho, y JESUCRISTO no puede engañarse. Quien le busque, no puede menos de encontrarle. Orad, y encontraréis en la oracion remedio á todos vuestros males.

Orando, vuestro espíritu se eleva á la region de la verdad, y desde allí podeis contemplar con ojos serenos la extincion de vuestros males. Mirándolos con frialdad, encontraréis indefectiblemente su remedio.

Pero, para hacer esto, teneis necesidad de prescindir completamente de todo pensamiento mundano. No penseis en ganar á Dios pidiéndole os conceda alguna cosa que pudiera no conveniros. No penseis enternecerlo con lágrimas vertidas á impulsos de un pecado que ansiais cometer. La oracion entonces es la mas horrible blasfemia, y solo produce tormentos insufribles.

Dios os enseñó la oracion del *Padrenuestro*. Es la mejor. Recitadla siempre, y recitadla con el corazon y tened fe. El remedio de vuestros males no es entonces cuenta vuestra, es cuenta de Dios, sin cuya voluntad soberana no se mueve la hoja en el árbol.